

ra en todos los lugares que viven: por lo que todos los gobiernos deben aplicar los remedios eficaces contra este contagio ponzoñoso. Yo de mi parte les daría un consejo á estos señores filósofos, que creo no deben despreciar, y es: que supuesto que reputan por bárbaros, insociables, y enemigos á todos los que no siguen su partido, y que no habiendo reino ni república en todo el universo, en que no se profese alguna religion, ó ya verdadera, ó ya falsa, se quiten de disgustos é incomodidades, reuniéndose todos ellos para ir á habitar á una isla desierta en donde gocen placenteramente de esa felicidad imponderable y tan decantada con que nos brindan; que nosotros quedaremos por acá sin quererla disfrutar, y desde lejos les daremos las gracias mas espresivas por la compasion con que nos miran como á indociles, que no queriendo ser iluminados con las luces brillantes de su filosofia, estamos tan bien hallados en nuestro fanatismo, nuestras ranciedades y nuestras preocupaciones. De este modo todos viviremos en paz.

Amigo amadisimo: bien sabes que es-

tas no son unas imputaciones. Una experiencia desgraciada nos ha enseñado estas verdades: nosotros somos testigos irrecusables en la materia: confesémoslo pues ingenuamente, que la confesion del que detesta su error es honorífica y gloriosa. Llegue finalmente el dia venturoso en que dando un eterno á dios á esa filosofia enemiga del hombre, se disipen tus tinieblas con la luz apacible del evangelio.

Qué, me acompañará hasta el sepulcro el desconsuelo y la pena de que á mi mayor amigo lo dejo sumergido en un laberinto de engaños y de errores, que le producirán una desventura eterna? No será así: yo tengo depositada toda mi confianza en Jesucristo, que te ha de dispensar una mirada de misericordia.... Pero qué, ¿te enterneces? ¿suspiras, y te cubres de rubor? ¡Oh! ¡no puedo significarte cuanto es el gozo de que se inunda mi espíritu, al ver retratadas en tu semblante la confusion y la ternura! Estos son presagios felices de un arrepentimiento sincero. Aquí está obrando visiblemente la mano misericordiosa del Salvador. Ayudado de su gracia voy á dar

la última perfeccion á esta obra, de que su magestad es el autor, y yo el instrumento.

Hagamos unas breves reflexiones sobre la muerte del cristiano, y sobre el fin del incrédulo. El cristiano, si es virtuoso, mira los últimos momentos de su vida como el término de la peregrinacion y del destierro, en que vivia continuamente gimiendo: no siente dejar un mundo que lisonjea y encanta con sus placeres y sus diversiones; porque ya desde ántes lo habia abandonado con la voluntad, viviendo en él como si estuviera muerto. Los dolores de su enfermedad los suaviza y alivia la providencia divina con el bálsamo de la religion, que le comunica fortaleza, paciencia, y constancia. Conoce que la carrera de su padecer es breve, y espera fundadamente que se ha de concluir en las puertas de una pátria bienaventurada, en donde gozará perfectamente de aquel Dios, de aquel sumo bien, que fué el objeto de todo su amor y de todas sus delicias: por quien suspiraba noche y dia; y en fin, se despide de la tierra como de una region de desgracias y de llanto, en que á cada paso veia un pe-

ligro de perder á Dios, y de perderse á sí mismo eternamente.

Si el cristiano es pecador, cuando se ve próximo á recibir el golpe inevitable de la muerte, y á dar el salto terrible del tiempo á la eternidad, es cierto que sus culpas lo aterran y lo confunden, y la memoria de su ingratitud á los beneficios innumerables de que lo colmó la mano de un Dios bondadoso, le hacen temer hallar en la persona de su salvador á su juez justo, irritado, y omnipotente. Conoce que es indigno de la clemencia divina, y solo es merecedor de un suplicio eterno; pero en este abatimiento y desconsuelo viene en su auxilio la fe que aun conserva; le persuade que la misericordia de Dios escede infinitamente á toda iniquidad. La esperanza lo alienta á que confie en el redentor, cuya sangre tiene virtud y eficacia para purificar de la mancha horrorosa del pecado á todo el mundo: y finalmente, la Iglesia, como madre caritativa, le administra los sacramentos para la justificacion de su alma, y le presta todos sus auxilios por medio de sus ministros, que bendiciéndole

los últimos suspiros, le acompañan hasta el sepulcro.

Peró ¿qué diremos del impío miserable que lleva su incredulidad hasta las puertas de su postrera habitación? Desde el lecho en que en él eshala sus últimos alientos, comienzan las penas de aquel abismo horrible en que se va á sumergir para siempre. No faltan al rededor del incrédulo moribundo llamas voraces y furias vengadoras. ¡Ah! ¡qué espanto y qué horror se apoderan del corazón de este infeliz, al verse entregado en manos de los más crueles verdugos el dolor y la culpa! Él se halla en medio de un desierto silencioso en que le acompañan la tristeza y la amargura: la luz opaca de su razón se va oscureciendo á proporción que se aumentan la lobreguez y las tinieblas de la muerte; un terror fiero lo aflige y lo consterna al sentir que se va hundiendo entre sus pies el mundo á que estuvo tan asido y tan apegado, porque en él pretendia hallar su única y verdadera bienaventuranza: viene por último el desengaño á desvanecer todo el hechizo que le tenia tan encantado. Atormentado

de tantos males y aficciones, encontrará algun consuelo en el tiempo pasado? De ninguna manera: porque los dias de diversion, de placer y de contento, ya desaparecieron como una sombra. ¿Hallará acaso el alivio en la situacion presente? ¡Ah! que esta es sobradamente miserable. Él se ve postrado en el lecho del dolor, lánguido, desfallecido, y gimiendo bajo el azote del remordimiento más cruel: él está como un naufrago tendido en la orilla estrecha, que separa el tiempo de la eternidad, y al más ligero empuje de la mano de la muerte va á sumergirse en la profundidad de aquel oceano insondable. Pero ¿en la memoria de lo futuro se le presentará alguna imagen de consuelo? Mucho menos: porque el pensamiento de la suerte que le espera consume la obra de su desesperacion. Si él aun insiste en persuadirse que su alma perece juntamente con su cuerpo, cree que va á sepultarse en el abismo de la nada: pero si la razón natural y su limi-ma conciencia le reclaman, manifestándole la inmortalidad de su alma, teme fundadamente entrar en la eternidad, en don-

de un juez omnipotente está preparado para tomar de él la venganza mas formidable: de modo, que este desventurado en situacion tan lamentable, no reconoce otros términos que la nada, ó el infierno.

¡Oh filosofia de la incredulidad inhumana y bárbara, que niegas á tus secuaces todo consuelo en el caso de mayor angustia y necesidad, y solo derramas sobre su corazon consternado el cáliz de la tribulacion y de la amargura! Pero ¡oh religion benéfica y amable! que á los que te profesan les franqueas los tesoros de la consolacion en la vida y en la muerte, y los ánimas con la esperanza de unos bienes infinitos y eternos: porque sola tú....

Fel. Ya no te fatigues, Victor amadísimo: el entendimiento mas encaprichado es fuerza que se rinda al peso de tantas razones. El orgullo propio de un incrédulo, me inspiraba aquella necia fortaleza de ánimo que tanto se empeñan en ostentar los partidarios de la falsa filosofia; é imponia un sello á mis lábios, para que no hiciese yo una confesion ingenua de la verdad de la religion cristiana, á vista de los fun-

damentos solidísimos que me has alegado. La luz de la verdad, por mucho tiempo que se tenga aprisionada, es á manera de un fuego encerrado en la concabidad de una roca, que al fin viene á reventar para que sus llamas resplandezcan victoriosamente. Tú me has dicho que ya no eres el antiguo Victor, y yo te aseguro sinceramente que yo no soy ya el antiguo Felix. ¡Oh momento feliz el presente en que comienzo á detestar los delirios y los errores de la incredulidad, y á desear ansiosamente entrar de nuevo en el seno del cristianismo, de que habia apostatado tan criminalmente!

Vic. ¿Es sueño, ó es realidad lo que estoy oyendo? Qué, ¿seré yo tan dichoso que vea volverse á alistar bajo las banderas del rey inmortal de los siglos, del Dios crucificado, al mas amado de mis amigos, al desgraciado Felix, á quien yo estravié del camino de la verdadera felicidad, haciéndolo desertar de la milicia de la religion?

Fel. Sí, Victor, mientras mas te has ido empeñando con caridad y con eficacia en convencerme y en instruirme, ha ido creciendo en mi corazon el desafecto y aun

el odio á la incredulidad. Mi conciencia incessantemente me acusa y me reclama. En nada de cuanto antes me lisonjaba halló alegría ni reposo. Son poderosos los impulsos que me inclinan á que vuelva á entrar en el gremio de la Iglesia; y cuando quiero ceder á estas inclinaciones, la vista de mis maldades me desalienta, y me retrae, diciéndome yo á mí mismo: Felix, como podrás hallar clemencia en un Dios cuyo santo nombre has blasfemado tantas veces? Pero luego se me presenta á la memoria la conversion de Pablo, que de perseguidor acérrimo de la Iglesia lo constituyó Jesucristo en apóstol de las gentes; y que de Agustino herege maniqueo hizo el mas célebre defensor de esta misma Iglesia. En esta ocurrencia consoladora me sentia yo animar de una confianza segura en la misericordia de Dios; esta confianza calmaba mis inquietudes, y me anunciaba la felicidad porque tanto suspiraba mi corazón, y que no habia podido hallar en el goze de los placeres sensuales. Por tanto, Victor mi amigo, mi bienhechor y mi padre, inunde se tu corazón en gozo y alegría, pues has

logrado el fruto de tus trabajos en reducir al camino de la verdad á un infeliz extraviado, que corria velozmente por las sendas de la falsedad y del error, que conducen á una desventura eterna.

Figúrate, Victor, á un hombre que extraviado del camino que llevaba, es sorprendido por las tinieblas de la noche en un monte espeso, y que ya fatigado se arroja á descansar tranquilamente en el regazo de un sueño lisonjero; pero que asomando el sol su semblante risueño por los balcones del oriente, le da con sus resplandores en los ojos, y que él abriéndolos, ve que multitud de fieras y de animales ponzoñosos que lo rodeaban se refiran precipitadamente á sus cavernas. ¿Quién podrá significar el gozo y la satisfaccion de este hombre, al verse libre del inminente peligro en que se hallaba sin conocerlo?

Pues á este modo, habiendo iluminado la luz del Redentor las tinieblas de la incredulidad con que me cubrí en los extravios de mi vida licenciosa, conozco con alegría que me he librado de tantas fieras y animales ponzoñosos cuantos eran los ter-

rores con que reposaba en el letargo mas profundo. Ahora que me he desnudado del afecto ciego á los maestros de la impiedad, me convenzo de la verdad de tus aserciones acerca de sus inconsecuencias y de sus contradicciones, y quiero añadir á las que me has referido algunas muy sustanciales.

Voltaire, hablando de Rousseau, dice: "Que es un cierto personage que ha hecho muchas de las suyas: que es un tunante, un salvage, un charlatan, un loco de aldea, un hipócrita, un enemigo del género humano, un sombrío energúmeno cubierto de orgullo y devorado de rabia: un impío, un ateista, un hombre sin fe y sin religion, que merecia estar colgado en la horca por haber compuesto libros abominables: que tres veces ha mudado de secta: que se ha hecho arrojar de todas partes en donde se ha presentado: que es un razonador absurdo, que habiendo impreso bajo su nombre algunas majaderías contra Jesucristo, ha impreso tambien en el mismo libelo, que *Jesucristo murió como un Dios*: que es un calumniador, y puesto como tal á las es-

quinas por una declaracion pública del plenipotenciario de Francia, de Zurich, y de Bernad en 25 de Julio de 1766."

¿Qué dirán los incrédulos de esta calificación tan honorífica de un hombre á quien veneran como á un oráculo? Pues ella está hecha por su grande patriarca. ¿Será extraño que Voltaire sea tan rabioso con los cristianos, cuando es tan atroz con su mismo compañero y hermano en la impiedad y en la irreligion? Este hombre en el asunto sério y grave de la religion usa de bufonadas, de chocarrerías y de sátiras. Decia Rousseau: "el ridículo á nuestros ojos no es mas que la razon de los necios." y aun D' Alambert, amigo y discípulo de Voltaire, dijo: "La sátira hiere el buen gusto, descubre un espíritu falso, un corazon corrompido, y una alma maléfica."

El incrédulo Baile, hablando del sistema impío de Espinosa, dice: "Un buen espíritu querría mas cabar la tierra con las uñas, que admitir una hipótesis tan absurda."

Se observa que los incrédulos dicen con arrogancia, como yo por desgracia de-

cia: que solos los espíritus débiles, apocados é ignorantes, creen que la religion es obra de Dios; y al mismo tiempo oímos decir á D' Alembert estas palabras: "Se podría fácilmente hacer la lista de los hombres grandes que han mirado la religion como la obra de Dios: lista capaz de conmovier aun ántes del exámen á los mejores espíritus; pero á lo menos suficiente para imponer silencio á un monton de conjurados enemigos impotentes de algunas verdades necesarias á los hombres, que Pascal defendió, Newton creyó, y que Descartes respetó."

Siendo evidente que la religion cristiana reprueba el fanatismo y la supersticion, los impíos descaradamente insultan á los cristianos por su creencia con los epítetos de fanáticos y supersticiosos; pero un enciclopedista hizo esta confesion ingenua: "El fanatismo es el vicio de los particulares, y no del cristianismo, que por su naturaleza dista igualmente de los furores del fanatismo, y de los temores imbéciles de la supersticion." Voltaire dice: "Es preciso amar la religion á pesar de las supersticio-

nes y del fanatismo que la deshonran; como lo es amar la sociedad cuyas dulzuras corrompen tantos hombres malos."

Los incrédulos pretenden esterminar el cristianismo, porque dicen, que es perjudicial y ruinoso á los estados; pero su gran maestro Rousseau dice: "Ningun bien se puede hacer por principios de filosofia, que no lo haga mejor la religion; y la religion hace muchos que la filosofia no sabe hacer." Dijo Voltaire: "En el seno del cristianismo se hallan las almas mas puras y mas grandes." En otro lugar: "La religion es el solo, ó el mas seguro garante que se puede tener de la providad de los hombres." Y en otra parte dice: "El buen pueblo cree en Dios, y adora á Jesucristo: el razonador soberbio desconoce á Dios en la naturaleza, y le blasfema en la religion de la cual es autor." Con estas palabras se condenó á sí mismo este hombre ciego que tanto blasfemó de la religion y de su autor divino.

Me ocurre hacer un paralelo entre el cristiano y el incrédulo, con las mismas expresiones de los doctores de la impiedad.

Rousseau dice: "¿Qué argumento contra el incrédulo la vida de un cristiano! ¿Habrá quien se le resista? ¿Qué cuadro para su corazón, cuando sus amigos, sus hijos y su esposa concurren á instruirle edificándole! Cuando sin predicarle á Dios con sus discursos, se le enseña en las acciones que inspira, en la virtud de que es autor, y en el encanto que hay en agradarle: cuando ve brillar en su casa la imagen del cielo: cuando una vez cada día se verá obligado á decirse: "No, el hombre no es así por sí mismo, aquí hay alguna cosa sobrehumana." Y D' Alembert hablando de los incrédulos, dice: "Son mas dignos de compasión que de ira. Estos impíos, únicamente por aire, moda ó ligereza, están bien caracterizados por Boyleau, que los llama *peccios enemigos de Dios*. Incapaces aun de una mala lógica, tratan de ser peores de lo que pueden, queriendo mas parecer incrédulos que serlo: el error en ellos es menos una desgracia, que una tontería ó necedad."

Finalmente, lo que á mi parecer manifiesta mas la ceguedad y la obstinación de los principales corifeos de la incredulidad,

es el juicio que hacen de sí mismos. Dice Voltaire: "Jóvenes ó viejos no tenemos mas que un momento, ¿hay! ¿en qué se emplea? Yo he perdido el tiempo de mi existencia en componer un enorme farrago de libros, la mitad de los cuales no debieron salir á la luz jamas."

Juan Jacobo Rousseau dijo de sí mismo con tanta razon como verdad: "Decir, y probar igualmente el pro y el contra, persuadirlo todo y no creer nada, fué en todo tiempo la diversion favorita de mi espíritu. No miro ninguno de mis libros sin estremecerme. En lugar de instruir corrompo: en lugar de alimentar enveneno; pero la pasion me descarría, y con todos mis bellos discursos yo no soy mas que un malvado."

En conclusion, Victor, yo espero que tu amor y tu conmiseracion no pararán aquí; sino que continuarán hasta la consumacion de la obra. Yo te prometo la mayor docilidad á tus instrucciones, á fin de que mi conversion á Jesucristo sea perfecta.

Vic. Este redentor amable ha sido el autor de esta obra digna de su misericordia

y de su omnipotencia. Yo le rendiré las gracias mas cordiales porque me eligió por instrumento de la reduccion de un amigo, en cuyos estravios yo tuve tanto influjo. Influjo que ha arrancado de mis ojos lágrimas amargas y abundantes. Jamás, Felix amadísimo, cesaré de bendecir al Dios cuya mano omnipotente y misericordiosa nos sacó del abismo de aquellas tinieblas horrosas en que yaciamos sepultados. Ahora que la claridad de su gracia ha dissipado las sombras que nos ofuscaban, debemos detestar el hechizo que tanto amabamos, y debemos avergonzarnos de lo que en otro tiempo haciamos vanidad. Ahora que se ha abierto la nube espesa que nos tenia sumergidos en la noche de los vicios y de la incredulidad, aprovechémonos de la luz hermosa con que nos ilumina tan benignamente el sol de la clemencia divina. No digámos á nuestro redentor que nos busca con misericordia, que aguarde hasta mañana. Postrados en el polvo de que fuimos formados, digámosle en el dia de hoy con un corazon agradecido y penetrado de dolor: Dios inmortal, Dios eterno é inmuta-

ble, cuyo ser inmenso llena los espacios de los cielos y de la tierra, y cuyo brazo todopoderoso nos sacó del caos de la nada. Ante tu trono soberano doblan la rodilla estas dos criaturas tuyas rendidas y humilladas. Pero qué, Señor, ¿reconoceremos en nosotros la hechura de tus manos? ¿Acaso tú has formado este corazon perverso que se ha constituido el asilo del vicio y de la iniquidad? No, Señor, otro fué el que tú criaste. ¡Ah! que la mano atrevida y sacrilega del crimen ha borrado de nuestra alma la imágen divina que tu bondad esculpíó en ella. El fuego voraz de los delictes sensuales consumió en nuestro corazon la semilla de todas las virtudes, hasta secar su raiz que es la fe, que tú hiciste nacer en el sacramento de la regeneracion. No contentos con esto, marchábamos contra tí á la frente de tus enemigos, y te acometiamos temerarios con las armas de los delitos. Nosotros haciamos de nuestras tinieblas y de nuestra obstinacion un valuarte para resistir las saetas de tu misericordia. Tú veías esto, Señor, y en lugar